

¿Por qué habla el filósofo enmascarado?

Julia Monge (UNL-Conicet)

“¿Qué importa quién habla? En esta indiferencia se afirma el principio ético, el más fundamental tal vez, de la escritura contemporánea”¹.

Quizás pueda entenderse ésta como la formulación más concisa del desvanecimiento del sujeto como fundamento originario, ejecutada a través del cese de los privilegios y soberanía de una de sus figuras más sacralizadas: la del autor. Desvanecimiento que podría liberar por fin el discurso, soltándole sus amarras a una libertad que lo vivificaría con el don del sentido; pero despojo también de la investidura universal y abstracta del que habla. ¿Qué importa quién habla? Para que en esta pregunta reconozcamos una indiferencia que afirma, es preciso reencontrar los interrogantes que sí hacen una diferencia, que abren el juego de la negación implícita, que posibilitan, en suma, postular la indiferencia como la declaración de un principio ético. ¿Por qué importa quién habla? ¿Para qué importa quién habla? ¿Cómo importa quién habla? La pregunta inicial, más que dar un veredicto, traduce un deseo, manifiesta una pretensión, instituye una apuesta que se enfrenta a una imposibilidad: la desaparición absoluta del sujeto en el discurso. Que no importe quién habla, nunca podrá lograr que no sea nadie quien habla. Habla, no interesa quién, pero habla alguien; alguien que no puede borrarse completamente de las condiciones de emergencia del discurso, aunque no pretenda legislarlo con sus prerrogativas o exculparse en su facticidad. Habla alguien, quizás ya no expresándose como alma del discurso, pero apareciendo como una función, una constante dentro del mismo; e incluso como función determinada de cierto tipo de discurso, inserto en un orden general de producción y circulación que regula su operar: publicidad, legitimidad, jerarquía.

La apuesta que hace la pregunta no se desentiende sin embargo de ese régimen general de los discursos, no es utópica con respecto al mismo: se ubica en el nudo de sus reglamentaciones, se emplaza en ese lugar del que se sustrajo el fundamento pero que permanece como una posición, una función, una variable desde donde se intentará resistirlo. Es decir, lo que sí importa, lo que no es prescindible preguntar, es cómo alguien (no incumbe quién) puede situarse en ese lugar de la función-sujeto haciendo valer la indiferencia. En esta transformación de la indiferencia en una inquietud, es menester recuperar el efecto que el paso del sujeto-soberano a la forma-sujeto tiene para la consideración del discurso mismo. El objetivo de la apuesta no es esconder el privilegio de quien habla en el anonimato de otra soberanía más abstracta, no es que hable en nombre de *la* ciencia, *la* filosofía, etc. Se habla desde una posición específica que no exige la atribución y validación del discurso en un nombre propio, sino la remisión a sus condiciones de emergencia y funcionamiento entre las cuales figura la ubicación de una singularidad que - no importa quién sino cómo - “opera o lucha a nivel general de este régimen de verdad tan esencial para las estructuras y para el funcionamiento de nuestra sociedad”². Entre la indiferencia de quién y la diferencia específica de alguien se delinea el emplazamiento en el que “algo como un sujeto puede aparecer en el orden del discurso”³.

¿Qué importa quién habla? Efectuando una serie de transposiciones, nos asimos de esta irreverencia sería quizás como umbral ineludible, quizás como un rodeo para llegar a preguntar no ya en general por la inutilidad o la tarea de la filosofía, no por sus prerrogativas o sus límites sino, a través de ello, por cómo se sitúa, cómo y desde dónde habla quien se inserta de algún modo en el “vacío que se ha abierto en el lugar del sujeto hablante de la filosofía”⁴. Cuestión de método tal vez, preferentemente cuestión de experiencia, entendiendo por ésta la manera en que puede anudarse en ese espacio el

¹ Foucault, Michel, “¿Qué es un autor?”, *Obras Esenciales*, Paidós, Madrid, 2010, p. 291.

² Foucault, Michel, “Verdad y poder”, *Ídem*, p. 390.

³ Foucault, Michel, “¿Qué es un autor?”, *op.cit.*, p. 308.

⁴ Foucault, Michel, “Prefacio a la transgresión”, *Obras Esenciales*, *op.cit.*, p. 153.

funcionamiento de un juego de verdad, la operatividad de relaciones de poder y las formas de constitución de una subjetividad posible en relación a sí y con otros⁵.

Cómo se ocupa entonces ese lugar en el juego de verdad de un discurso que ha tenido por objeto mismo la verdad: su definición, su búsqueda, su crítica. Si no se trata simplemente de llenar el molde de una figura universal y abstracta, ese lugar puede configurarse como un espacio de intervención. Situar allí como un movimiento que implica correlativamente una perspectiva sobre la definición del campo de juego y de la posición en el mismo.

“¿Qué es la filosofía sin una manera de reflexionar, no tanto sobre lo que es verdadero y lo que es falso, sino sobre nuestra relación con la verdad? [...] es una manera de preguntarse: si ésta es la relación que tenemos con la verdad, ¿cómo debemos conducirnos?”⁶

El emplazamiento es así un desplazamiento doble, una puesta a distancia reflexiva tanto del conjunto de reglas que especifican la inserción en el orden del discurso como de la postura previa desde la cual se parte. Esa distancia que permite combinar determinaciones y tentativas es la que abre el pensamiento como “algo completamente diferente del conjunto de las representaciones que sustentan un comportamiento”, como “la libertad con respecto a lo que se hace, el movimiento mediante el cual nos desprendemos de ello, lo constituimos como objeto y lo reflejamos como problema”⁷. La forma que asume la actividad de pensar, como desplazamiento y problematización, no puede detenerse en una constatación en la medida en que pone en práctica, hace existir virtualmente, ese margen de independencia. Desde allí el formular en el discurso aquello que se refleja como una incertidumbre, una dificultad, supone una composición a la vez modesta y audaz: lo que se dice no deja de remitirse a un juego de verdad estipulado y ya siempre en funcionamiento que constituye la inteligibilidad del discurso, pero cómo se lo dice posibilita introducir una variación que repercute sobre ese juego y habilita modificar sus reglas.

Abordar el cómo hablar efectuando la prueba del propio lugar desde el que se habla, supone recuperar la dimensión en que el discurso mismo está situado en su juego de verdad en relación con otros, según “la política general de la verdad”⁸ que tiene cada sociedad. En este horizonte, la posición desde la cual se habla siempre será estratégica y polémica, y su configuración no dejará de reenviar a un análisis del estatuto que la filosofía se confiere en la dinámica del régimen que califica, distribuye, instrumentaliza los discursos que valora e instituye como verdaderos.

“Pudiéramos pensar que la filosofía tiene todavía alguna posibilidad de jugar un papel en relación con el poder, a condición de que este papel deje de consistir en hacer valer, frente al poder, la ley específica de la filosofía; a condición de que la filosofía deje de pensarse como profecía, a condición de que deje de pensarse como pedagogía o como legisladora, y de que se dé como tarea analizar, elucidar, hacer visible y, por lo tanto, intensificar las luchas que se desarrollan en torno al poder [...] a condición, en resumen, de que la filosofía deje de plantearse la cuestión del poder en términos de bien o mal, y se la plantee en términos de su existencia.”⁹

Situarse no se trata sólo de una operación en relación con las condiciones internas del discurso, incluso como si las mismas fueran estáticas desde que surgieron en algún punto lejano en el tiempo. En esta dimensión relacional, política, se recobra el volumen de la historia del discurso y aparece confrontado con la imagen que progresivamente ha erigido de sí y la que se ha construido, por otros discursos, desde el exterior del mismo. Quien habla no se inserta como forma primera sobre una superficie de inscripción suspendida temporalmente y recortada de otras por su especificidad, sino que encuentra todo el espesor de una tradición, de hábitos y valideces con sus constancias y diversificaciones, desde el que se ha definido el lugar que viene a ocupar. Si se plantea que el discurso puede dejar de funcionar de determinada manera, puede moverse de ciertos usos hacia otros, ocurre algo decisivo en lo que se hace en este espacio, en la forma como se ocupa para tomar la palabra

⁵ Foucault, Michel, “Polémica, política y problematizaciones”, Ídem, p. 996.

⁶ Foucault, Michel, “El filósofo enmascarado”, Ídem, p. 876.

⁷ Foucault, Michel, “Polémica...”, Ídem, p. 996.

⁸ Foucault, Michel, “Verdad y poder”, Ídem, p. 390.

⁹ Foucault, Michel, “La filosofía analítica de la política”, Ídem, p. 788.

cuando se recupera “el discurso como acontecimiento”¹⁰. Efectuar un análisis y proponerlo como instrumento en vez de prescribir, señalar posibilidades y sus multiplicaciones en lugar de legislar, indicar las líneas de fragilidad, cambios y aperturas en las estructuras que se presentan como inconvencionales; sugerir, elaborar propuestas provisionales y modos de pensar antes que delimitar y sentenciar; en suma, hablar desde una “eventualización”, esto es, desde “un quiebre de lo autoevidente, haciendo visible una *singularidad* en sitios donde existe la tentación de evocar una constante histórica, un atributo antropológico inmediato, o una obviedad que se impone uniformemente sobre todo”¹¹.

La prueba y reflexión no quedan circunscriptas a una disputa autoreferencial del discurso en la medida en que la crítica que se ejerce acerca de marcos de pensamiento, formas de interpretación, modos de problematización, está apuntando como objeto a todas estas maneras que funcionan a nivel general, que se encuentran arraigadas en las prácticas más cotidianas y habituales. Así se muestra que el emplazamiento en el discurso no se define a partir de una individualidad aislada – que sería un relevo homólogo al sujeto fundamento- sino entramada en relaciones con otras, que ingresan tácitas bajo esas valideces generales que el análisis refiere, pero que se restauran desde que quien habla no satura ese lugar con su nombre propio y multiplica el modo en que se abre la función-sujeto en el discurso para que pueda ser ocupada por no importa quién. Situarse en el discurso ensayando disolver la soberanía y los privilegios de un sujeto absoluto, supone la configuración no de una postura cerrada sino de una posición inacabada, que habrá de componerse en el momento en que interrumpa el discurso para que lo completen todas las individualidades implícitas en sus condiciones de emergencia.

“Nos reíamos de la representación, nos decíamos a nosotros mismos que esto era algo que había terminado, pero no sacábamos todas las consecuencias de esta reconversión “teórica”, a saber, que la teoría exigía que las personas concernidas hablaran por fin prácticamente y por cuenta propia”¹²

¿Qué importa quién habla? La afirmación de la indiferencia no importaría, no provocaría nada la pregunta, si pudiera hablar cualquiera. Pero no habla cualquiera. Porque afirmar que habla alguien, alguien no importa quién, no es lo mismo que aseverar que habla cualquiera. Entre los procedimientos de control, selección y redistribución de la producción del discurso “como un bien incluido en un circuito de propiedades”¹³ en cada sociedad, no se omite el establecimiento de condiciones para el sujeto que habla; calificaciones, jerarquización y prerrogativas que delimitan a algunos entre otros, entre todos, como quienes pueden tomar la palabra en los discursos que tienen publicidad y circulación, que son oídos. Si las reglas y confiscaciones que recortan quién puede hablar son ya siempre previas y provenientes de un orden que se esfuerza -aunque no sin luchas y resistencias- en reproducir su lógica, entonces “¿qué importa quién habla?” es un llamado, una interpelación, que también se dirige a algunos entre otros: los que han pasado ese tamiz, los que pueden introducirse en el lugar de sujeto del discurso. Pero esta apelación no es selectiva más que en su efectividad, siendo emancipadora en sus propósitos.

Para poder decir que no importa quién habla, es decisivo que quienes pueden hablar hagan de esa afirmación algo más que un deseo, una pretensión, una apuesta suspendida en un posible orden futuro del discurso y lo especifiquen en el principio de su práctica dentro del régimen vigente. Que reconviertan en su propia prueba esa función en un espacio que ya no reclame credenciales y establezca condiciones de acceso, que lo transformen en un lugar de experimentación, haciendo rendir los tres elementos involucrados – el juego de verdad, las relaciones de poder y las formas de relación consigo y los otros- en una configuración donde puedan incorporarse como objeto del discurso lo que quedaba excluido en la selección del sujeto.

Se trata de en aquello que el pensamiento refleja como problema, encontrar “lo que hace simultáneamente posibles varias respuestas”¹⁴, plantear de tal modo los interrogantes que dispersen la referencia del discurso a los más diversos espacios que amplíen el espectro de lo que pueden aparecer

¹⁰ Foucault, Michel, “Diálogo sobre el poder”, Ídem, p. 741.

¹¹ Foucault, Michel, “Questions of method”, *Power*, Penguin Books, Londres, 2000, p. 230.

¹² Deleuze, Gilles y Foucault, Michel, “Los intelectuales y el poder”, *Obras Esenciales*, op.cit., p. 436. El pasaje citado de este diálogo es una intervención de Deleuze.

¹³ Foucault, Michel, “¿Qué es un autor?”, Ídem, p. 299.

¹⁴ Foucault, Michel, “Polémica...”, Ídem, p. 996.

en él; formular, a la vez, preguntas muy específicas que quedarán inconclusas a menos que se dé a lugar experiencias singulares que no puede subsumir ninguna estructura general. En el juego de verdad, intentar entonces “separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento”¹⁵.

Como lugar estratégico y polémico consistiría entonces en dejar de vivificar una ley transhistórica como naturaleza específica del tipo de discurso, e incorporar como interlocutores “toda una serie de saberes calificados como incompetentes, o insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, inferiores jerárquicamente al nivel del conocimiento o de la científicidad exigida”¹⁶ y permitir así su incitación “contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal”¹⁷.

En cuanto a las formas de relación a sí y con los otros, poner a consideración en definitiva todo este movimiento, esta transfiguración del espacio del sujeto que puede hablar en el discurso, como una propuesta ética de la indiferencia.

¹⁵ Foucault, Michel, “Verdad y poder”, Ídem, p. 390.

¹⁶ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 21.

¹⁷ Foucault, Michel, Ídem, p. 24.